

H. Paul SESTER, FMS  
Cuadernos maristas 15, mayo 1999, páginas 15-30

Tanto se ha escrito ya sobre la espiritualidad apostólica marista que puede parecer superfluo el insistir sobre lo mismo. Es cierto que frecuentemente se habla del tema para estudiar cómo se entiende actualmente esta espiritualidad. Ciertamente la sensibilidad, las mentalidades sociales, han evolucionado rápidamente en estos dos siglos de existencia. Podemos preguntarnos si en las características actuales se pueden reconocer aún las de los orígenes; si la adaptación que se hace en nuestros días sigue fiel al pensamiento del iniciador. Para comprobarlo, nada mejor que examinarlo en su contexto original, tomando los escritos que nos la transmiten. Tal es el objetivo del siguiente estudio.

Es necesario limitarse a la idea que Marcelino Champagnat tenía del Hermano Marista en el momento de iniciar su obra, sin preocuparnos de la aplicación que le han dado las circunstancias históricas posteriores. Aunque Marcelino Champagnat no dejó explícitamente nada escrito sobre el tema, hay pasajes en las cartas que escribió a los Hermanos y en los testimonios de sus oyentes, que proporcionan suficiente material para hacerse una idea. Su complejidad requiere analizarlo desde diversos ángulos complementarios, a saber: el contexto en el que el autor la concibió, el contenido en su momento inicial y en su aplicación posterior: la característica marista que le da su pincelada particular.

### **¡NECESITAMOS HERMANOS!**

El punto de partida es la frase frecuentemente repetida, al parecer, por Marcelino Champagnat: "necesitamos hermanos". Sin poder precisar la fecha exacta de esa primera manifestación, de esa preocupación en su espíritu, pues sus biógrafos no se ponen de acuerdo en este detalle. Se sabe, sin embargo, que se expresó explícitamente en el seminario de

Lyon, con ocasión de las reuniones más o menos secretas de un grupo de seminaristas que tenían el propósito de la fundación de una sociedad, según el esquema de la Sociedad de Jesús. En esta nueva sociedad, María ocuparía el lugar de Jesús, sería la Sociedad de María, nombre dado por la misma Virgen en una revelación al Padre Courveille: "Yo deseo ... que en estos últimos tiempos de impiedad y de incredulidad, haya también una sociedad que me sea consagrada, que lleve mi nombre y se llame Sociedad de María ... para combatir contra el infierno ..."21. El medio preconizado para la realización de esta obra, será todo lo que pueda hacer revivir la religión cristiana en el seno de la población descristianizada por la revolución: la predicación en las misiones, la enseñanza, todo, fuertemente acentuado por la mariología.

El proyecto agradó a Marcelino Champagnat, aún cuando sólo se preveían tres ramas en esta sociedad: Los Padres, los Hermanos coadjutores y las Hermanas. Él encontraba un vacío importante. Los Padres se ocuparán de la pastoral predicando las misiones. En la enseñanza de la juventud, al estilo de los Jesuitas, se interesarán preferentemente por los jóvenes que poseen ya los conocimientos elementales, y nunca se ocuparán de los niños pequeños que no saben leer, ni escribir. Ahora bien, es por ellos que hay que comenzar, pues, en los niños es donde hay que poner las bases de la religión, si se quiere que penetre en el alma y que constituya el cimiento sobre el que se edifique la personalidad. Para este trabajo, "necesitamos Hermanos, necesitamos Hermanos para explicar el catecismo, para ayudar en las misiones, y para dedicarse a enseñar y educar a los niños"22, insistía él.

El pensamiento de contar con Hermanos, no surgió en el espíritu del P. Champagnat exactamente en ese instante. Pero como era cuestión de fundar una sociedad, la ocasión era buena para, según él, asociarle

los Hermanos con los que soñaba, haciendo el trabajo más sencillo y, además, le dispensaba de ser considerado él como fundador. Queda, no obstante, la inquietud de saber el momento en el que la idea comenzó a preocuparle, así como la razón que la hizo surgir. No hay indicios que nos permitan responder con alguna precisión. El P. Bourdin dice que "los Hermanos eran una rama prevista mucho tiempo antes por Marcelino Champagnat y confiada a él mismo en el seminario mayor"<sup>23</sup>. El P. Colin precisa: "la idea de este instituto es propia de Champagnat. Es él quien, golpeado por lo que le había costado instruirse, dijo a sus hermanos del seminario mayor: "será necesario fundar también los Hermanos para la Enseñanza"<sup>24</sup>. El P. Maîtrepierre por su lado dice: "Marcelino Champagnat, uniéndose a los primeros fundadores, les dijo: "siempre he sentido un atractivo particular por el establecimiento de los Hermanos; me uno voluntariamente a vosotros y si lo juzgáis oportuno, me encargaré de esta parte. Mi primera educación, fue un fracaso. Me sentiría dichoso contribuyendo a procurar para los otros las ventajas que a mí me faltaron"<sup>25</sup>. Y quedó encargado.

Asoma aquí el motivo por el cual se preocupa tanto de los Hermanos, motivo que repite en varias de sus cartas, especialmente la del 28 de enero de 1834, al Rey Luis Felipe: "Nacido en el cantón Saint - Genest - Malifaux, departamento de Loira, no llegué a aprender a leer ni a escribir, sino después de grandes dificultades, por falta de maestros capaces; desde entonces comprendí la urgente necesidad de una institución que pudiese, con menos gastos, darles a los niños del campo la buena educación que los Hermanos de las Escuelas Cristianas dan a los pobres de la ciudad. Llegado al sacerdocio en 1816, fui enviado como coadjutor a una parroquia rural; lo que vi aquí con mis propios ojos, me hizo sentir más vivamente la importancia de poner en ejecución, sin retardar, el proyecto que pensaba hacía mucho tiempo"<sup>26</sup>.

Estos documentos nos hacen comprender que el motivo que suscitó en él la idea de tener Hermanos, fue su propia dificultad en

los estudios; pero la época en la que tuvo esta idea sigue imprecisa. Sin embargo, en este contexto nada impide pensar que la expresión: "Desde hace mucho tiempo" signifique una época anterior a su trato con los futuros fundadores de la Sociedad de María. Esto es lo que parecen dejar entrever los testimonios citados por los sacerdotes anteriormente. En la medida en que esto sea exacto, mayor será la diferencia de tiempo entre la primera idea de los seminaristas reunidos por el P. Courveille y la de Marcelino Champagnat. Las dos son independientes entre sí, y se demuestra así la originalidad de la segunda, cuya paternidad recae enteramente sobre su solo autor: Marcelino Champagnat.

El carácter mariano que se deseaba dar a la nueva sociedad, no era impedimento para la unión de ambos, por el contrario, ampliaba el campo de acción. Lejos de ser una simple apariencia, el patronazgo de la Santísima Virgen, tenía, a los ojos de los fundadores, un significado primordial. Veían la futura sociedad como la presencia visible de la Madre de Jesús en la Iglesia hasta el final de los tiempos, que el P. Colin creía entonces cercano, a causa de los grandes desmanes existentes en el mundo y por la descristianización del pueblo. "El género humano me parece hoy como un viejo tronco al que un gusano ha roído la raíz,"<sup>27</sup> decía. Marcelino Champagnat no participaba de este pesimismo. Pero no menos fervoroso en cuanto a la devoción mariana, comprendía que los Hermanos encontrarían en la Madre de Jesús el sostén maternal al igual que el modelo del educador, hallando a ejemplo de María, el camino de la salvación.

## **¿QUÉ ES UN HERMANO?**

Preocupado por ayudar a los jóvenes, Marcelino Champagnat, dotado de un sentido práctico, entreveía ya el instrumento necesario para resolver el problema educativo. Sólo el Hermano, según él, podía satisfacer todas las exigencias como religioso, es decir, disponiendo enteramente de su persona, poniendo su vida completamente en manos

de Dios. Ciertamente, es igualmente el caso del sacerdote, incluido el religioso, el del sacerdote y el del Hermano coadjutor, ya previstos en el proyecto de la fundación. Pero tanto el uno como el otro, tienen otra tarea específica que no les permite consagrar todo el tiempo necesario a la educación religiosa de los jóvenes. El sacerdote, aún el dedicado a la enseñanza, después de los estudios realizados, no va a limitarse a la enseñanza primaria, eso sin hablar de sus otras obligaciones como sacerdote. Queda pues un vacío que sólo el Hermano podrá llenar, a condición de que sea realmente apóstol. Pues, dice Marcelino Champagnat: "La educación de la juventud no es un oficio, es un ministerio religioso y un verdadero apostolado"<sup>28</sup>. Por lo tanto, el Hermano debe ser religioso, sin los compromisos que conlleva una familia; todo él dedicado al servicio de Dios en la obra de Jesucristo por la redención del mundo". "Educar a los niños, continúa diciendo, es una obra de celo, de entrega y de sacrificio. Para desempeñar dignamente este trabajo, que es una participación en la misión de Jesucristo, hay que tener el espíritu del Divino Salvador, y como él, estar dispuesto a entregar su sangre y su vida por los niños"<sup>29</sup>.

El Hermano, como lo piensa Marcelino Champagnat, no ha de ser un simple maestro de escuela, debe ser educador. No contento con instruir a los alumnos, su principal preocupación será formarles, hacer de ellos hombres en el sentido pleno de la palabra y cristianos fieles al Evangelio. "Si, decía, sólo se tratase de enseñar las ciencias humanas a los niños, los Hermanos no serían necesarios, pues bastarían los maestros seculares de las escuelas para cumplir con esa tarea. Si sólo pretendemos dar la instrucción religiosa, nos bastaría con ser simples catequistas, reunir a los niños una hora cada día y hacerles aprender las verdades cristianas. Pero nuestro objetivo es hacerlo mejor: queremos educar a los niños, es decir, instruirles en sus deberes, enseñarles a practicarlos, infundirles el espíritu y los sentimientos del cristianismo, los hábitos religiosos, las virtudes del cristiano y del buen ciudadano"<sup>30</sup>. Esto no

quiere decir que no sea necesaria la enseñanza profana, sino todo lo contrario. Para formar hombres, hay que desarrollar las facultades esenciales del ser humano: la inteligencia y la razón.

Lo que quiere decir, que no hay que detenerse ahí. ¿Qué es el hombre que, como se dice, "no sabe vivir"?. Ahora bien, sólo lo sabrá aprendiéndolo. Para aprenderlo no son suficientes los libros, sobre todo en la juventud, se necesita el ejemplo. El último texto citado, continúa: "Para eso se necesitan educadores que vivan entre los alumnos y que estén mucho tiempo con nosotros"<sup>31</sup>. Es un deber exigente el que Marcelino Champagnat propone a los Hermanos. Continuamente ante las miradas de sus alumnos, deberán tener siempre una conducta digna de imitarse, vivir transparentemente la sencillez, la familiaridad, el amor y el respeto. Pues, sigue diciendo Marcelino Champagnat: "Hay que disponer de títulos con respecto a la educación de los niños. Ahora bien los títulos que el niño reconoce y comprende mejor son la virtud, el buen ejemplo, la capacidad y los sentimientos paternales que se le brindan"<sup>32</sup>.

Así presentado bajo estos grandes rasgos, el retrato del Hermano parece muy idealista. Sin embargo, así lo consideraba Marcelino Champagnat. Viviéndolo él, no le parecía imposible que otros hicieran lo mismo, conociendo muy bien los esfuerzos que esto exige. No lo oculta, como lo prueba la formación que quiso dar a sus discípulos.

## **FORMACIÓN DE LOS HERMANOS**

Dedicar toda su vida a la educación de los jóvenes, en este caso a los pequeños, hasta los del campo y los más incapacitados, ciertamente no es una perspectiva halagadora. Marcelino Champagnat lo sabía tan bien que no cesó de recomendar a sus hermanos la virtud de la humildad. Con las consideraciones que tiene el pueblo cristiano para con los sacerdotes, Marcelino Champagnat, como futuro sacerdote, ya desde el seminario, comprendió con toda claridad, que pedía a los Hermanos contentarse con pertenecer a

un rango social más bajo.

Una espontánea reacción de un Hermano se lo hizo entender. Viendo un día que llegaba una persona con sotana, que él tomó por un eclesiástico, preguntó: "¿Quién es ese sacerdote que se nos acerca?. - No es un sacerdote, le respondió, no es más que un Hermano"<sup>33</sup>. Reaccionando con viveza, Marcelino expone a sus interlocutores la grandeza de la vocación del Hermano. Esta reacción demuestra que él no estaba equivocado. En una carta al Sr. Devaux de Pleyné, alcalde de Bourg - Argental, que pedía una rebaja en el salario de los Hermanos, él se rebaja más aún, forzando las tintas por la necesidad de la defensa de la causa: "Reducirlo más aún, me parece, es arrancarles no solamente su triste salario, por demás exiguo para el más ingrato y penoso empleo de un ciudadano, más aún es quitarles su pobre y desagradable comida"<sup>34</sup>. Nada sorprendente que él insista sobre la humildad, la primera virtud según él, de un pequeño Hermano de María. En efecto, es considerada la virtud característica de toda la Sociedad de María, lo que justificaría la exigencia del Fundador para que la estimen y la pongan en práctica. Además, los Hermanos tienen otra razón para ser humildes, para ponerse al nivel de los pequeños, para contentarse con sembrar la semilla y renunciar luego a la esperanza de ver el desarrollo que se realizará por la intervención de otros maestros. ¿Qué ambición puede alimentar quien se ha consagrado a pasar toda su vida en un aula de niños, limitándose a enseñarles los rudimentos del saber y de la religión?. Más aún, deberá, para hacerse todo para todos, ponerse al nivel más bajo, el de los ignorantes. Reprendiendo a un Hermano que deseaba deslumbrar a su auditorio, Marcelino Champagnat le dijo: "Si tuviese el espíritu de su estado, si fuese humilde y sencillo, en lugar de dejarse llevar por la vanidad, en lugar de vanagloriarse, hablaría sencillamente, de manera que le entendieran los niños, hasta los más pequeños e ignorantes"<sup>35</sup>.

Sin embargo la naturaleza humana está hecha de tal manera que busca cualquier forma de satisfacción por su abnegación. El

educador, si sabe poner el corazón en el trabajo, la encuentra en la alegría de despertar su parecido a las bellezas de la vida, en un verdadero intercambio de amor. De ahí la insistencia no menos machacona de Marcelino Champagnat de amar al niño por amor de Dios. "Para educar bien a los niños, es necesario amarlos y amarlos a todos por igual..., entregarse por entero a su formación, y tomar todos los medios para formarles en la virtud y en la piedad"<sup>36</sup>. Es decir, que este amor será espiritualmente paternal, engendrando en el niño la personalidad moral y religiosa cuyo principio lleva en sí mismo. El mérito del Hermano será, no el hacer crecer a otro a su imagen, sino haberle puesto en camino y guiado por la vía de su propio desarrollo personal en vista a la realización de su porvenir y del desarrollo de la riqueza de su ser.

Se constata, que este amor es abnegación de sí mismo, sacrificio de su amor propio, de su ser más querido. "Si queremos ganar a los niños para Dios, si deseamos cooperar a su salvación con Jesucristo, nos es necesario, a ejemplo del divino Salvador, sacrificar nuestros trabajos, nuestras preocupaciones, nuestras fuerzas, nuestra salud, y, si fuere necesario, nuestra misma vida"<sup>37</sup>. Estos propósitos de Marcelino Champagnat pueden parecer exagerados, hasta imposibles de poner en práctica, si uno olvida finalmente que sólo el amor de Dios es capaz de hacer comprometerse en tal empresa. De ahí esta frase a modo de conclusión: "Para educar bien a los niños, hay que amar ardientemente a Jesucristo"<sup>38</sup>. Sobre esto basa el Fundador la vocación del Hermano, pues, nos dice su biógrafo: "Todo lo que necesitan para cumplir dignamente sus funciones, depende de esta virtud como de su principio, como de su manantial. En efecto, queridos hermanos, amad a Jesús y obtendréis todas las virtudes y cualidades de un perfecto educador"<sup>39</sup>.

Por parte de Marcelino Champagnat, no son sólo palabras piadosas o la expresión de un ideal inaccesible que, como tal, sería una perfecta excusa para abandonarlo. Al contrario, la convicción le guiaba en la relación con sus discípulos. Se ve que

envía al apostolado a los Hermanos después de algunos meses y aún de algunos días en el noviciado. El Hermano Luis María fue enviado a dar clase a la Côte-Saint-André al día siguiente de su toma de hábito, mientras retiene al Hermano Silvestre en el Hermitage por más de un año. Cierto que el primero venía del seminario con un buen bagaje intelectual, pero no era eso lo que contaba para Marcelino Champagnat que deseaba ver en su discípulo, ante todo, un verdadero celo apostólico, injertado en el amor de Dios, suficientemente intenso como para ser capaz de un abandono total de sí mismo. Un Hermano, según él, "es un hombre dedicado y entregado por completo y por siempre al servicio de Dios", nos dice el Hermano Juan Bautista.<sup>40</sup>

La enseñanza de la religión teórica y práctica a la vez, constituye lo esencial de este servicio. "Amar a Dios y trabajar para hacerlo conocer y amar, ésa es la vida de un Hermano"<sup>41</sup>. Esta es la verdadera razón de ser del Hermano, el motivo determinante de la fundación del Instituto. Entonces, la escuela es el medio más adecuado, donde la realización de este objetivo es más factible, si bien es cierto que si este lugar no llegase a cumplir este objetivo, podrían adoptarse otras soluciones, también valederas, siempre que se garantice la educación de la fe.

Que éste sea realmente el núcleo de la concepción de Marcelino Champagnat tocante a la misión del Hermano, queda de manifiesto por su insistencia sobre en la enseñanza del catecismo o de la religión. Esta enseñanza, como se ha visto, no es únicamente teórica; debe llevar a la práctica de la vida cristiana por el ejercicio de las virtudes, pues la salvación del hombre no depende de sus conocimientos, sino de su crecimiento moral y espiritual adquirido en la acción. Es lo que en efecto, el Hermano Juan Bautista y el Hermano Francisco al recoger el pensamiento del Fundador, han conservado sobre este particular. Lo que ellos han transmitido se refiere principalmente a la formación cristiana del niño enderezando sus malas inclinaciones; la corrección de sus relaciones sociales por la disciplina y el

conocimiento de su carácter...

Según ellos, la total comprensión del pensamiento de Marcelino Champagnat puede expresarse por el análisis en tres aspectos.

Primeramente, la educación verdadera no puede hacerse fuera de un contexto cristiano. Pues educar, es desarrollar las buenas disposiciones que el Creador ha puesto en la naturaleza del niño. Esas disposiciones no podrán realizarse ni desarrollarse, sino en el sentido de la estructura que el Creador les ha dado. Por lo tanto, un auténtico desarrollo de la persona no es factible sin Dios.

Además, el Bautismo otorga a la persona humana una dimensión sobrenatural que ayuda a su desenvolvimiento de dos formas que puede decirse : creciendo con la persona que a su vez le hace crecer. En este campo sólo la gracia de Dios puede obrar eficazmente. Por consiguiente, el educador solamente es el instrumento que, para ejercer su función, debe hallarse en continua relación con Dios por la oración. De donde la convicción de Marcelino Champagnat: "que la oración es para un religioso el medio más eficaz para adquirir las virtudes de su estado, para trabajar en su santificación y en la de las personas que le son confiadas"<sup>42</sup>. Por eso, dice su biógrafo, prescribió tantas oraciones a sus hermanos. No se queda corto en cuanto a oraciones vocales ya que hacía celebrar novena tras novena; pero la misa y la meditación llevaban la delantera con mucho a todas las demás, puesto que ellas establecen una relación más íntima con el Señor. Las jaculatorias o fórmulas orales, son el medio de permanecer en la presencia de Dios. La meditación, la Eucaristía, son contactos más íntimos con Él, cargas de energía divina que permiten luego hacer todo con espíritu de oración y lograr la infancia espiritual bajo la inspiración divina. Es con este pensamiento como Marcelino Champagnat expresa: "Un hermano que se contente con instruir a sus alumnos, no cumple más que con la mitad de su deber; debe, si desea cumplir toda su tarea, orar continuamente por ellos".<sup>43</sup> Sin la oración, "es impotente para hacer el

bien, porque no posee los medios necesarios para hacerlo"<sup>44</sup>.

En fin, como un árbol, la persona no puede florecer correctamente a su aire. Le es necesario la ayuda de un educador para el buen crecimiento de sus virtualidades. Este educador, aún transmitiendo el saber, necesario sin duda como se ha visto, debe enseñar al niño la forma de comportarse, pues el desarrollo no se realiza más que por la acción. El medio más eficaz es el ejemplo. De ahí la exigencia legada por Marcelino Champagnat de vivir largo tiempo con los niños, para impedirles el malearse vagando por las calles, pero sobre todo, dándoles un modelo que imitar, que les atraiga y que ellos amen. Es, ni más ni menos, reproducir la forma primitiva de la educación familiar.

### **ESPIRITUALIDAD MARISTA**

Es un ambiente familiar el que tiene un lugar especial en la espiritualidad de Marcelino Champagnat: el de la familia de Nazareth. Para él, María, la Madre de Jesús, por su manera de educar al Divino Niño, es el modelo del educador. Como por otro lado tenía una confianza tan grande en Ella, esta coincidencia no podía por menos que reforzar su concepto sobre el educador apóstol. Por eso, para recoger todos los matices, conviene examinarlos al detalle.

Su biógrafo dice que él "había recibido esta devoción con la leche materna, pues su madre y su piadosa tía... se habían dedicado a infundírsela"<sup>45</sup>, sin lugar a duda muy inteligentemente, puesto que la conservó toda su vida. Pero, sigue diciendo el Hermano Juan Bautista, que en el seminario se desarrolló mediante un sinnúmero de prácticas para merecer la protección de María. Su devoción consistía primeramente en una serie de oraciones y de gestos concretos, poniendo, sin embargo, cuidado especial en todo lo que le recordaba a María. No obstante, la justificación que él da más adelante, llega más al fondo, al corazón mismo de su piedad mariana: veía "a la Santísima Virgen como a su Madre y como el camino que debía llevarle a Jesús", de modo que

tenía esta devoción " como una señal de predestinación"<sup>46</sup>. Vistos los ejemplos que da a continuación, a modo de prueba, se lo puede afirmar, pero por no precisar el momento en que el hecho se produjo, es difícil seguirle cuando añade: "Es en una de sus frecuentes visitas a la Santísima Virgen cuando tuvo la idea de fundar una congregación de piadosos educadores". Sin embargo la voluntad de Marcelino Champagnat de colocar a la Santísima Virgen a la cabeza de su obra, no admite ninguna duda.

No obstante, más que los impulsos de fervor, son los acontecimientos los que le llevaron a ponerlo todo bajo la dependencia de María. Cuando, al final de 1821 el Instituto parecía extinguirse "como lámpara sin aceite", acudió a Ella diciendo: "Si no vienes en nuestro auxilio, pereceremos... , pero si esta obra perece, no es nuestra obra la que perece, es la tuya"<sup>47</sup>. Y he aquí que en la primavera del año siguiente un grupo de ocho postulantes vino a sorprenderle. Primero dudó para admitirlos, puesto que habían llegado como consecuencia de un engaño, pero después, acabó admitiéndoles a todos a pesar de la falta de espacio para alojarlos, porque era María la que se los enviaba. Desde entonces, nunca más dudó que María tomaba este asunto por su cuenta, de tal forma que más tarde dirá a monseñor de Pins: "No me atrevo a rechazar a quienes se presentan, les considero como traídos por María misma"<sup>48</sup>. Está firmemente convencido de ser el instrumento del que se sirve María para establecer la obra de los Hermanos. Ella lo manifestó con toda claridad, cuando al invocarla en su auxilio, le salvó de perecer en medio de una tempestad de nieve<sup>49</sup>.

Su devoción mariana estaba muy por encima del sentimentalismo, incluso era algo más que un refugio de consuelo en los momentos de apuro. Estaba convencido de la presencia constante de María cerca de él, puesto que Ella se hallaba siempre presente cuando el obstáculo parecía insalvable o la situación desesperante. Pero también estaba convencido de que Ella no podía intervenir, si no se le invitaba

por medio de la oración y sin que la humildad le deje libre el lugar.

Justificaba el papel que atribuía a la Madre de Jesús con el siguiente razonamiento: Si se ha podido decir: "La salvación viene de los judíos"<sup>50</sup>, podemos afirmar con mayor razón: "la salvación viene de María, pues es por Ella como Jesús quiere concedernos sus gracias y aplicarnos los méritos de su muerte y de su cruz"<sup>51</sup>.

Luego puede decirse, explicitando su pensamiento, conforme a la enseñanza de la Iglesia: Después de haberse entregado totalmente a la obra redentora dando nacimiento al Redentor, luego proporcionándole los medios para crecer hasta la edad adulta, María debía proseguir su colaboración, mientras esta obra continúe. Por consiguiente, la fundación de una sociedad que esté destinada a hacer acoger especialmente en su nombre la redención de su Hijo, por medio de la educación de los jóvenes, le compete a Ella directamente. De donde, el Hermano, mariano por el nombre que se le ha querido dar, lo es más aún por su compromiso en la obra de María. Su vocación, como se ha visto, viene de María que la "ha plantado en su jardín. Ella se preocupa de que nada le falte".<sup>52</sup> Vistas sus intervenciones a lo largo de la historia, no se puede dudar de la realidad de tal afirmación, como tampoco de aquélla, muchas veces repetida por Marcelino Champagnat: "María lo ha hecho todo entre nosotros"

En este contexto, ¿cómo asombrarse de que él quisiera poner en su espiritualidad el carácter mariano? Si la Virgen se encontró realmente presente en la creación del Instituto, seguramente Ella continúa estándolo en la actividad de cada Hermano. Lo asegura uno de ellos, el Hermano María Lorenzo, con estas palabras: "No se desaliente jamás de su salvación, está en buenas manos: María. ¿No es María su refugio y su buena Madre? Cuanto mayores sean sus necesidades, tanto más interesada estará Ella para apresurarse y acudir en su auxilio"<sup>53</sup>.

La presencia operante de Ella junto al

Fundador, se continúa ciertamente junto a sus discípulos, como lo deja sentir y entender Marcelino Champagnat que, para consolar a un joven Hermano, le manda decir: "María, nuestra común Madre, le dará la mano"<sup>54</sup>. Sin embargo, tres condiciones son necesarias para que su intervención, respetuosa de la libertad de cada uno, sea posible. Primeramente, el Hermano debe estar convencido de esta presencia amorosa de María, deseosa y capaz de asistirle en el trabajo apostólico. Y éste es el primer aspecto de la espiritualidad marista: ponerse efectivamente al servicio de María con la íntima seguridad de que Ella se encuentra presente para ayudarlo y hacer florecer su acción. Es con esta convicción como su Fundador no duda estimular al Hermano Antonio escribiéndole en una de sus cartas: "Interésele a María en su favor; dígame, después de haber hecho por su parte todo lo posible; peor para Ella si sus negocios no van bien"<sup>55</sup>. Esto supone reciprocidad en la familiaridad, no sólo de palabra, sino también de corazón con la que él considera como su Madre y su "Recurso Ordinario".

En otros términos, y es la segunda condición, no se puede concebir al Hermano Marista sin una devoción mariana profunda, alimentada diariamente con oraciones especiales, prescritas "para honrar a María y merecer su protección", dice el Hermano Juan Bautista<sup>56</sup>. Entendamos estas palabras en su justo sentido y no confundamos la flor con la planta, la consecuencia con la razón de ser. "Honrar a María", más que un deber, es la reacción natural de una unión filial, de una intimidad de corazón en el don de sí por el otro. "Merecer su protección" más que un sentido de recompensa implica primero una apertura, abandono de uno mismo para dejarle toda la libertad de obrar contando con nuestra humilde y fiel colaboración. La devoción mariana del Hermano Marista, a ejemplo de su Fundador, aún manifestándose externamente por sentimientos de alabanza considerando los privilegios y la grandeza de María, se vive en profundidad con la convicción íntima que la eficacia de los esfuerzos, deseando conducir a los

jóvenes a vivir plenamente el Evangelio, viene de Ella, en virtud de su amor maternal por la humanidad, recomendado por su Hijo moribundo en la cruz.

La tercera condición se desprende de ahí. Los alumnos, implicados directamente en el asunto, puesto que se trata de su propio porvenir, deben ser entrenados en esta actividad salvífica de María a través de una devoción sólida que los Hermanos tienen la obligación de transmitirles. "Que los Hermanos se sientan particularmente obligados a hacerla conocer, a hacerla amar, a extender su culto y a inculcar su devoción a los niños"<sup>57</sup>. Marcelino Champagnat, en sus cartas a los Hermanos, insiste con fuerza sobre este punto de gran importancia para él. "No ceséis de decir a vuestros alumnos que ellos son los amigos de los santos que están en el cielo, de la Santísima Virgen y en particular de Jesucristo, que su joven corazón les da envidia... Escribid sobre los libros de todos vuestros niños María fue concebida sin pecado original"<sup>58</sup>. "Si tenéis la dicha de hacer arraigar esta preciosa devoción en el corazón de vuestros alumnos, les habéis salvado"<sup>59</sup>.

No termina ahí el papel que Marcelino Champagnat quiere que sus Hermanos reconozcan en María. Viéndola como a su Madre, su "Recurso Ordinario", "Primera Superiora", deben considerarla además como su modelo. Ahora bien, la imitación de María conlleva para el Hermano educador un matiz particular: cumplir su trabajo como María de Nazareth con su Hijo. La relación de la dignidad de la persona divina sometida a la persona humana, no es para dejarla de lado, sino que debe traducirse por el respeto del educador al niño, reconocido en su dignidad de persona, particularmente querida por Cristo que "ordena a sus discípulos dejad que los niños se acerquen a su persona divina"<sup>60</sup>. El Padre recuerda todavía al Hermano Bartolomé: "Usted tiene entre sus manos el precio de la sangre de Cristo"<sup>61</sup>. Este respeto no impedía a María tener con su Hijo el trato natural y sencillo de una madre con relación a su hijo, que se traduce, en el caso del Hermano Marista, por el diálogo

amigable con su alumno. Tal actitud, sin embargo, para ser auténtica, debe establecerse sobre un fondo de humildad que, de acuerdo a los autores espirituales y de Marcelino Champagnat en particular, constituye la característica principal de la Madre de Dios. "Como la Santísima Virgen... se distinguió particularmente por la humildad, y como la función del educador de los pequeños por sí misma es un empleo humilde, el Padre Champagnat deseaba que la humildad, la sencillez y la modestia fueran la característica distintiva de este nuevo Instituto"<sup>62</sup>. A ejemplo de todo miembro de la Sociedad de María, que debe vivir humilde y oculto, sin llamar la atención en forma alguna, asimismo debe comportarse el Hermano Marista. Pero en el espíritu de Marcelino Champagnat, como hemos visto más arriba, su humildad será, desde luego, la alegre aceptación de permanecer como el educador de los pequeños entre la gente sencilla del campo. Así se sentirá más satisfecho de realizar su deseo de entregarse totalmente al servicio de Dios sin reservarse nada para sí mismo como recompensa, de bienestar y de placer, a ejemplo de su Fundador. Su mérito lo atribuye a su ser enteramente de Dios. Entonces se sentirá libre interiormente, en la medida de su sinceridad, en un estado de vida sencilla, satisfecho de sí mismo y de todo. La humildad no es un esfuerzo degradante, ella produce la alegría que hace cantar el Magnificat.

## CONCLUSIÓN

Al finalizar este comentario, algunos pueden sentirse frustrados al no percibir cuál es específicamente la espiritualidad apostólica marista. En efecto, hay otras congregaciones que tienen por objetivo la educación, sin enarbolar la etiqueta mariana, aun practicando esa devoción, y se basan en los mismos principios espirituales, el mismo concepto del apostolado con los jóvenes. Marcelino Champagnat deseaba, como se conoce, que la humildad fuese nuestra virtud característica, pero el P. Colín deseaba otro tanto para toda la Sociedad de María<sup>63</sup>. Por otra parte, ¿estamos seguros de habernos distinguido en esta virtud?. Otros

institutos, sin ostentarla en su escudo ni en su nombre, la practican, quizás mejor. La humildad, la pobreza, la devoción mariana, ¿qué fundador de un grupo apostólico no ha puesto estas virtudes en su proyecto?

La especialidad consiste más bien en los matices, en la forma de practicarlas, según el ejemplo dado por el Fundador, según su característica personal inconscientemente transferida a la conducta de sus discípulos. Así, nosotros hemos conservado la nuestra y desde nuestros orígenes tenemos un comportamiento sencillo y familiar que nos permite ser reconocidos por nuestros contemporáneos como personas sin brillo, ni pretensión, situándonos en el mismo plano de la población escolar, activos y dispuestos a servir con amabilidad, desarrollando nuestro trabajo, a veces, en condiciones muy precarias. Es, por lo menos, lo que resalta en los relatos de los anales sobre la vida de los Hermanos en las escuelas de los primeros tiempos.

Podemos felicitarnos, si la característica del Fundador permanece aún visible entre nosotros, si nuestra manera de vivir reproduce la suya. Ahora bien, lo que la valora es ciertamente el don de sí mismo, sin reticencias a su obra, con el fin de permitir a los jóvenes abrir su personalidad por medio de la formación social y religiosa. Esa entrega en la que él puso todas sus capacidades, todo su haber y su ser con la radicalidad de quien se ha despojado de todo con un corazón apasionado de amor, es ciertamente el aspecto más relevante de su retrato. Entre los rasgos complementarios hay que subrayar su actitud humilde y su bondad comprensiva, matizada de humor. En fin, todo bañado en un ambiente de relación familiar con María, su "Buena Madre", y de intimidad no menos estrecha con su hijo Jesús. De ahí le venía su confianza inquebrantable en toda prueba y la valentía serena. Tanto la una como la otra, le ganaban el amor y la admiración de sus Hermanos.

- 23 Notas de M. Bourdin, O.M.2, doc. 754, p. 741
- 24 O.M.3,doc.819,p.223
- 25 O.M.2, doc.752, pp 717-718
- 26 C.M.C. vol. 1, doc 34, pp 99-100
- 27 O.M.2,doc.631,p.466
- 28 Vida, p.558
- 29 Ibídem
- 30 Ibídem, 547
- 31 Ibídem
- 32 Ibídem, p. 550
- 33 Vida, p. 476
- 34 C.M.C. Vol. 1, doc 8, p.62-63
- 35 Vida, p.410
- 36 Ibídem, p. 550
- 37 Ibídem, p. 513
- 38 Ibídem, p. 556
- 39 Ibídem, p. 556
- 40 Sentencias, enseñanzas espirituales, ed. 1989, p. 14
- 41 Vida, p. 502
- 42 Ibídem, p. 310
- 43 Vida, p. 312
- 44 Ibídem, p. 314
- 45 Ibídem, p. 341
- 46 Ibídem, p. 343
- 47 Ibídem, p. 97
- 48 C.M.C, vol. 1, doc. 56 p 168-189
- 49 Vida, pp. 352-354
- 50 Jn. 4, 22
- 51 Vida, p. 348
- 52 C.M.C. , vol. 1 doc. 10 p.66
- 53 Ibídem doc. 249, p. 521-522
- 54 Ibídem, vol. 1 doc. 53, p. 160
- 55 Ibídem doc. 20, p. 86
- 56 Vida, p. 346
- 57 Ibídem, pp. 347-348
- 58 C.M.C., vol 1, doc. 24, p.95-96
- 59 Vida, p. 348
- 60 C.M.C. vol. 1, doc. 20, p. 86
- 61 Ibidem, doc. 19, p. 84-85
- 62 Vida, p. 40859Vida, p. 348
- 63 O.M.2, doc. 632, p.466

Diciembre de 1998

---

## Notas

21 O.M.2,doc.718, p.581

22 Vida, edición 1989, p.31

